

## El viaje de Pompidou a la URSS

«En el fondo —les dijo Pompidou a los soviéticos—, es poca cosa lo que nos separa».

El «sesgo histórico» que tomaron las relaciones entre la Unión Soviética y el Occidente capitalista, con la firma, en el pasado mes de agosto, del pacto Brandt-Kossyguin, ha encontrado su teórico en Georges Pompidou. Durante un suntuoso banquete celebrado en su honor en el Kremlin, el Presidente francés explicó claramente que las «sociedades industriales» nacidas de la revolución técnica y científica se parecían entre sí cada vez más y que ya no había lugar para inútiles batallas ideológicas. Esta semejanza, añadió, se acentuará más y más, porque la imponen las exigencias de la civilización contemporánea. Este curso de filosofía política, directamente inspirado en las teorías de Daniel Bell y de Raymond Aron sobre «la muerte de las ideologías», fue aplaudido calurosamente por todos los invitados y reproducido enteramente en el periódico «Pravda».

Al día siguiente del banquete, Pompidou declaró tranquilamente, ante un grupo de periodistas franceses, que un mariano que milagrosamente llegase a nuestra Tierra no encontraría apenas diferencias entre el modo de vivir de los vecinos de cualquier capital de un país capitalista y los habitantes de Moscú. «Y sin embargo —subrayó—, el proceso de aproximación acaba de comenzar».

Ni que decir tiene que Pompidou no fue a Moscú para enseñarles tardíamente las doctrinas de Raymond Aron a los dirigentes del Kremlin. En realidad, Pompidou había desarrollado abiertamente sus tesis sobre la convergencia de las sociedades oriental y occidental después de haber escuchado durante toda una tarde las propuestas de Brezhnev, Kossyguin y Podgorny sobre la cooperación económica entre los países industrializados de Occidente y la Unión Soviética. Y esas conversaciones ayudaron a disipar por completo las inquietudes experimentadas por el Gobierno francés el verano pasado tras el espectacular acercamiento entre Bonn y Moscú: los recursos aún sin explotar de la Unión Soviética son tales «que habrá para todo el mundo».

«Los proyectos de explotación integral del territorio soviético son tan ambiciosos —declaró Pompidou a los periodistas—, tan grandiosos, que ningún país occidental puede proveer por sí solo la participación técnica y financiera necesaria para su realización». No se debe hablar, pues, de «batalla» por la conquista del mercado soviético, ni de rivalidad entre los posibles proveedores: cada uno tendrá su parte, los franceses igual que los alemanes, los italianos del mismo modo que los británicos. Claro, que habrán de actuar de común acuerdo y constituir una comisión organizadora.

«¿Y los americanos?», pregunté a Pompidou.

«Eso, pregúnteselo usted a los dirigentes soviéticos —contestó Pompidou—. Por mi parte, no veo ningún inconveniente en que las empresas norteamericanas también colaboren».

Y la sonrisa del Presidente mientras contestaba esta pregunta nos dio a entender que no había que preocuparse de los americanos, que ya se las arreglarían para no quedarse a un lado en este nuevo «mundo integrado» en el que, gracias a su potencia tecnológica, ocupan un lugar preponderante.



Los Presidentes Pompidou y Podgorny firman en el salón Catalina del Kremlin el protocolo soviético-francés.

Tras ellos: Schuman, Seydoux, Breznev, Alphonse, Kossyguin, Polansky y Kirilov.

### Doce capitanes

Tras haber definido de ese modo las perspectivas «filosóficas» y económicas de la cooperación con la Unión Soviética, Georges Pompidou quiso acelerar su realización práctica. Y pasó de la autocrítica —los industriales franceses han evolucionado muy lentamente— a la crítica respetuosa: reprochó a los soviéticos la lentitud de su aparato administrativo, que tampoco ha evolucionado con suficiente rapidez. Después, para forjar el hierro mientras estaba caliente, Pompidou llamó con urgencia a Moscú a doce grandes capitanes de la industria francesa para que participasen en la segunda fase de sus negociaciones con la «troika» del Kremlin.

Ya antes existía una «Gran Comisión» franco-soviética de cooperación económica y técnica: gracias a la iniciativa presidencial va a crearse ahora una especie de «super gran comisión» que irá más de prisa y más lejos que la precedente. No hay duda de que hay «sitio para todos» en el mercado soviético; pero está claro que Georges Pompidou piensa tomar todas las precauciones posibles para evitar que Francia se quede atrás con respecto a la rica y emprendedora Alemania Federal.

Por su parte, los soviéticos propusieron que se saliese de la rutina de los acuerdos anuales y se estableciesen desde ahora mismo planes de cooperación para los diez o veinte próximos años. Y pidieron que se les abriesen más las puertas del mercado francés para que tal integración eco-

nómica no fuese demasiado unilateral y no pareciera una colonización de la Unión Soviética. Esto le pareció a Pompidou perfectamente razonable. «Claro que no soy director de una casa de importación y exportación —dijo, más o menos, Pompidou—, pero haré todo lo posible por averiguar qué tipos de mercancías podría comprar ventajosamente Francia en la Unión Soviética».

Su «destino nacional» exige de Pompidou la conservación de un sistema en el que semejantes empresas pueden prosperar solas. Y en Moscú parece haber encontrado los mejores socios para llevar a feliz término esta

misión. Por eso se ha mostrado radiante, elocuente, casi eufórico, hasta el punto de que los que le habían seguido en su viaje por USA apenas le reconocían.

### Das categorías

Todo el mundo se ha quedado satisfecho en Moscú, y los escépticos —los que se preguntan si la integración de dos «sociedades bloqueadas» bastará para «desbloquear» nuestra civilización— no parecen abundar en los círculos oficiales franceses o soviéticos. En cuanto al lector medio del «Pravda», que ha leído los brindis de Georges Pompidou en honor de la «convergencia de las diferentes sociedades», no parece que haya comprendido demasiado bien a qué aludía el Presidente francés.

Para el hombre de la calle soviético, en efecto, el mundo se divide en países pobres, cuyos Presidentes van a Moscú en busca de ayuda, y países ricos, cuyos representantes no piden nada y por los que se siente, naturalmente, más simpatía. Francia pertenece a esta segunda categoría, y esto bastó para que se mirase el cortejo presidencial con benevolencia. De ahí a creer que el mundo va a entrar en una era de gran prosperidad gracias a la maravillosa civilización industrial, no hay más que un paso, pero un paso que nadie, en la Unión Soviética, se apresura a dar. Las experiencias pasadas les han enseñado a los soviéticos a desconfiar de las grandes promesas, ya sean formuladas por sus propios dirigentes o por visitantes extranjeros célebres y elocuentes. ■ K. S. KAROL.

### Ningún contencioso

Para rodear de cierta dignidad política su viaje y tener ocupados a diplomáticos y periodistas, Georges Pompidou había de tratar otros temas, y no sólo el de la futura cooperación económica con los soviéticos. Ahora bien, como Francia y la Unión Soviética no tienen actualmente ningún contencioso particular que solucionar, se decidió hablar largo y tendido de esa futura «conferencia sobre la seguridad europea», a la que los dos países parecen conceder gran importancia. Pero en esta hora de «convergencia» de todas las sociedades industriales, de fraternal cooperación entre ellas, tal proyecto podría parecer superado. ¿No hemos dejado ya atrás la fase de simple distensión? «Cuanto mejor nos conozcamos —respondió Pompidou—, tanto más pronto desaparecerá la oposición entre los bloques».

En realidad, el proyecto de esa «conferencia sobre la seguridad europea» fue lanzado por los soviéticos durante el decisivo período de la crisis checoslovaca, cuando buscaban desesperadamente un tema de propaganda para los partidos comunistas extranjeros, visiblemente desorientados y que no se dejaban ya movilizar fácilmente en defensa de la Unión Soviética, «baluarte de la paz». Se pensaba que los soviéticos trataban igualmente por ese me-

## El futuro de la informática

El reino del ordenador evoca a menudo un fantasma de fichero gigante y todopoderoso, donde quedarán registradas todas nuestras palabras, nuestros mínimos gestos.

En Estados Unidos ya se ha demostrado que un ordenador puede afirmar tajantemente, y con ventaja sobre un detective privado, que un hombre engaña a su mujer, tomando como base los desplazamientos de aquí.

Los ordenadores se ocupan de las operaciones bancarias. Reservan plazas en aviones y hoteles. Siguen los cursos bursátiles. Establecen diagnósticos. Preparan horóscopos y establecen las afinidades electivas de las agencias matrimoniales.

Bastaría centralizar los datos que acumulan los ordenadores en cada uno de los sectores de nuestra vida para que la mínima de nuestras acti-

vidades fuese conocida por la policía o Hacienda.

Dentro de veinte años, el coste de las terminales de ordenadores habrá disminuido considerablemente. ¿Habrá entonces en cada hogar una terminal igual que hoy hay un televisor? No exactamente, dicen los expertos, pero sí que habrá muchos privilegiados que dispongan de una, y el lenguaje de la informática, simplificado, facilitará el diálogo con la máquina.

Ahora bien, ¿qué ocurrirá cuando se generalice el empleo de los computadores? ¿Se producirá una concentración o una dispersión del «habitat»? ¿Desaparecerán las grandes urbes o, por el contrario, crecerán a un ritmo mucho más rápido que ahora? No se sabe. «La técnica del computador es neutra —declaró uno de los participantes de un coloquio sobre informática celebrado recientemente en Francia—: los resultados dependerán del empleo que hagamos de la máquina».

Si se explotan todas sus posibilidades, el ordenador puede producir una revolución en la vida cotidiana. Acabará con la jornada de trabajo clásica y las migraciones masivas bi-cotidianas. Mañana, los empleados, y un día no muy lejano quizá también los obreros, trabajarán en casa, como ocurre hoy con los escritores, los artistas y algunos programadores de la región de Los Angeles que tienen ya una terminal en su propio domicilio. El ordenador provocará la desaparición de las oficinas y de las fábricas-cuarteles, con su actual estructura jerárquica. El ordenador se convertirá en un nuevo símbolo de «status» social.

Un remedio: las terminales públicas. En Boston, el profesor Negroponte, de la Universidad de Harvard, ha hecho instalar terminales en el barrio negro. Los ordenadores proporcionan a los habitantes del «ghetto» cuanta información administrativa necesitan. La experiencia ha sido todo un éxito: los habitantes encuentran la máquina menos intimidante que un funcionario.

Sin embargo, quizá sea en los países en vías de desarrollo donde la informática podrá instalarse con mayor

utilidad. Por lo menos eso cree Vikram Arambhai, presidente de la Comisión de Energía Atómica de la India. El señor Arambhai piensa dotar a los 500.000 pueblos de la India de una red completa de terminales y de receptores de televisión para 1980. La agricultura de la India depende más que de ninguna otra de las condiciones meteorológicas. Los ordenadores harán que el campesino pueda seguir con toda precisión la progresión del monzón, según los datos recogidos por las estaciones de la Organización Meteorológica Mundial. Con el tiempo, el ordenador proporcionará igualmente a los campesinos análisis económicos que facilitarán la elección de cultivos y las inversiones. La puesta a punto de semejante red permitirá la constitución de poderes locales independientes.

¿Aprovechará la India los recursos políticos y sociales de la informática antes y mejor que los países occidentales? ■ CATHERINE DREYFUS.

## Automóvil y contaminación

PARIS.—Nuevos modelos, aumentos de velocidades, líneas aerodinámicas, «gadgets» superfluos y afluencia record en el Salón del Automóvil, que se clausuró la semana pasada en París. Pocos progresos, en cambio, en lo referente a la seguridad y ninguno en la lucha contra la contaminación atmosférica, a pesar de la campaña —de las leyes, incluso— destinada a limitarla.

El Senado americano acaba de adoptar un proyecto de ley que deja cinco años a los constructores de los Estados Unidos para la fabricación de un modelo de motor «limpio», que debe sustituir al motor convencional.

En Europa, constructores y poderes públicos del Mercado Común se pusie-



ron de acuerdo sobre una reglamentación más o menos coordinada en los tres próximos años. Y particularmente en Francia, a partir del 1 de enero de 1972, el porcentaje de óxido de carbono de los gases de los automóviles no debe sobrepasar el 4 por 100, sea cual fuere el régimen del motor. En Ginebra, la Comisión de los 29 (Subcomisión de las Naciones Unidas) prepara un reglamento internacional.

Un verdadero arsenal de restricciones se prepara. Pero todas las campañas, los más serios proyectos, tropiezan contra la obstrucción de los constructores. Los dividendos de sus accionistas pasan antes que la salud pública. Ya desde ahora objetan que los plazos son demasiado cortos. Ya se han realizado estudios —afirman—, pero no han dado resultado, y de todas formas los resultados serán onerosos y de difícil aplicación. Por otra parte —añaden— la disminución de las emanaciones nocivas es incompatible con un mayor rendimiento de los motores de explosión, objetivo desde hace años. «Nuestros investigadores han llegado al punto de desánimo», declaró M. Dreyfus, presidente de la Renault. Su observa-

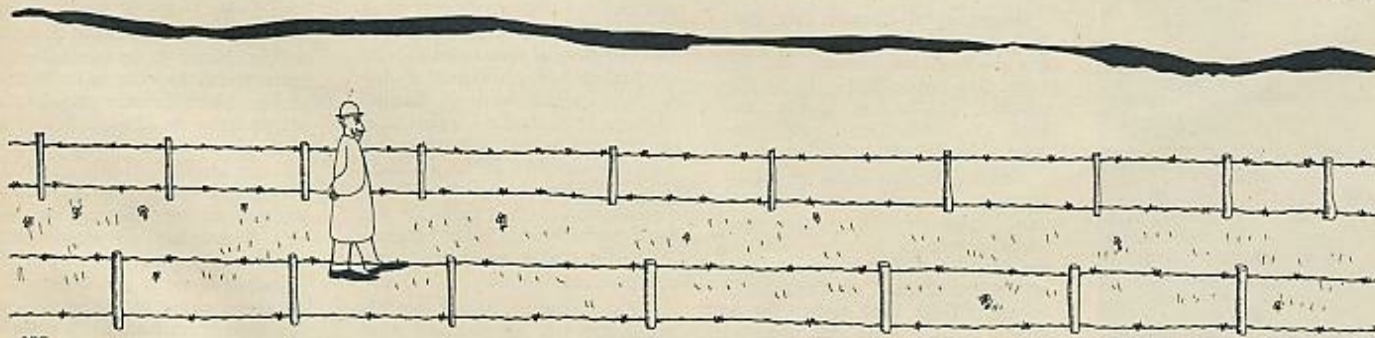
ción traduce la postura de todos los constructores, americanos, europeos o japoneses.

Hasta qué punto los intereses de la industria capitalista —el provecho de los accionistas— privará sobre el interés general es cosa que se plantea en este caso preciso. Sobre todo que no faltan fórmulas, algunas de las cuales ya han sido probadas: inyección directa de la gasolina en los cilindros sin pasar por el carburador. La combustión es así mejor, y se reduce el porcentaje de gases carbónicos y otros nocivos. Se pueden tratar también los gases de escape en pocombustión, es decir, terminando la combustión de los elementos que contienen. También se pueden mejorar los carburantes eliminando los derivados del plomo empleados como antidetonantes. Estos derivados del plomo son —como se acaba de demostrar— cancerígenos.

Todo esto en lo referente al motor de explosión. Pero al mismo tiempo se experimentan métodos de propulsión antiguos que han sido renovados gracias a los progresos técnicos: motores a vapor o motores eléctricos que, ambos, precedieron al motor de explosión, y que fueron abandonados debido a sus servidumbres. En Estados Unidos se experimentaron motores a vapor. Los problemas que se presentan a los motores eléctricos se refieren no ya al motor, sino a los acumuladores. Estos, a pesar de todos los progresos, siguen siendo pesados y voluminosos. Se siguen poniendo todas las esperanzas en la pila a combustible, que está aún en su estado experimental. Queda aún la turbina, que se instalará, sin duda, en los camiones, y el motor Sterling, que utiliza un ciclo cerrado en el que se calienta un gas, se dilata, mueve un pistón y vuelve a una cámara donde se enfría y se recupera.

Como se ve, las soluciones no faltan. Todos estos motores serían prácticamente «limpios». Pero el adoptarlos supondría la transformación de las cadenas de producción, así como el abandono del petróleo como fuente principal de energía. Habría mucho que transformar también en este terreno. Seguiremos respirando aire viciado, pues. ■ R. L. CH.

OPS



OPS